

DANI FERRAIRO

**EL SUICIDIO DE
WILLY MALPICA**

BARBA ROSSA BEACH BAR



Un suicidio. Un excomisario corrupto. Un bebé desaparecido.

El inspector Tito Vegas y la periodista Lola Santos investigan la relación entre los tres casos. Para Vegas es un asunto personal. Lola quiere justicia. A medida que avanzan las pesquisas, Vegas y Lola exploran los límites de su relación y se enfrentan a un doloroso dilema. Delante tienen a un incómodo adversario. Un motero canalla y peligroso. El orgulloso propietario del Barba Rossa Beach Bar.

Índice de contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Polina

When I was just a
baby
my mama told me,
«son
always be a good
boy,
don't ever play with
guns».
But I shot a man in
Reno
just to watch him
die.

JOHNNY CASH,
*Folsom Prison
Blues*

Un antro. Un tugurio. Un club de carretera. Un bar frente a la playa con afán de burdel y *boogie woogie* de gasolinera. Un garito con olor a barbacoa y las paredes saturadas de matrículas de la Route 66. Del techo cuelgan guirnaldas, farolillos y luces de colores intermitentes o fundidas. La música suena a todo volumen. Agrede. Todo brilla y resulta decadente o excesivo. Demasiado escándalo, demasiado alcohol, demasiadas peleas. Demasiados agujeros en el suelo. Y honrados delincuentes. Sobre todo. Simpáticos sinvergüenzas. Rostros feroces, barbas grasientas, largas melenas y barrigas sobresalientes. Carne de concierto y borrachera. Un puñado de canallas reunidos en torno a la barra, al calor del grifo de cerveza y la figura de yeso de Lemmy Kilmister. Golfos, macarras, juerguistas, pandilleros. Valientes granujas. Salvajes. Amigos del negocio fácil y la patraña y más peligrosos que un arma de fuego. Hijos todos del *rock'n'roll*. Eso es así. Eso es el Barba Rossa Beach Bar.

El Rasta lo conoce vagamente y por referencias. De oídas. Nunca se hubiera atrevido a venir solo hasta aquí, y si hoy lo ha hecho, ha sido sin explicarse cómo, a la desesperada, en parte a ciegas y siguiendo a la periodista del *Crónica*, Lola Santos: chupa de cuero roja, vaqueros ajustados, botas camperas y el pelo recogido por un lazo de color azul y topes blancos, un poco ladeado sobre la cabeza, que le da un toque *pin up*. Sutil. Muy medido. Una combinación entre gamberra y finolis que en ella resulta de lo más natural. Conduce una Triumph Bonneville con el asiento volado y alforjas de cuero que ha dejado en la misma puerta, junto a una hilera interminable de motocicletas aparcadas en formación. La idea del Rasta es abordar a la periodista tan

pronto como pueda y ponerla al corriente de lo que pasa en la clínica. Y lo más importante: hablarle de Bárbara.

El día que Bárbara murió escaparon por los pelos de Santa Susana. Aquella mañana, lo recuerda muy bien, amaneció gris y desapacible. El viento soplaba con intermitencia y agitaba las ramas de los chopos. Antes de entrar permanecieron inmóviles delante de la clínica: una construcción antigua de remota inspiración modernista, cuatro plantas y azulejos blancos ennegrecidos por la contaminación. Bárbara tenía el pelo húmedo, la mochila con la cámara a la espalda y una sonrisa nerviosa debajo de la nariz. El Rasta fumaba de esa manera suya compulsiva y cada dos por tres consultaba el reloj. Habían quedado con la enfermera a las siete. Bárbara apuntó con la barbilla al cielo nublado y frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo él.

—La luz.

—¿No te gusta?

—Será un problema.

El Rasta asintió preocupado y lanzó otra mirada al reloj.

—Vamos —dijo—. Es la hora.

Rodearon el edificio hasta la trasera. La puerta era naranja. Metálica. Una salida de emergencia. El Rasta la golpeó con los nudillos según lo convenido: una, dos, tres veces. La enfermera esperaba al otro lado y abrió enseguida. Los recibió con un dedo en los labios en señal de silencio. Pelirroja, pecosa, nariz respingona. Vestía un pijama sanitario blanco, zuecos y una rebeca azul sin abotonar. En el pecho llevaba bordadas las siglas de la Clínica Santa Susana con letras rojas demasiado separadas: C S S. Sin mediar palabra la siguieron hasta el subterráneo por la escalera de servicio. La planta entera parecía desierta. Torcieron por un pasillo angosto, con paredes de ladrillo de vidrio y cuartos cerrados a ambos lados. La enfermera se detuvo delante de uno de ellos.

—Es aquí...

Suena ZZ Top en el Barba Rossa Beach Bar. Un murmullo ascendente celebra el *riff* de guitarra de *La Grange*. Suspendida sobre una mesa preside el salón-comedor una cabeza gigante de tiburón con la boca abierta. Hay retratos en marcos dorados de Bill Hickok, Toro Sentado, Big Nose Kate y el General Lee. El Rasta trata de pasar desapercibido. Busca refugio en el extremo de la barra, junto a un cajón rebosante de cacahuetes y frente a la silueta de cartón pluma de John Wayne a tamaño natural, con la estrella de *sheriff*, pañuelo rojo al cuello y a punto de desenfundar el Colt. Inexpresivo, el cabrón. Imperturbable.

No parece buen momento para acercarse a la periodista Lola Santos. La escolta un nutrido grupo de indeseables. Beben como esponjas, arman jaleo y bromean con ella. Desde el otro lado del mostrador un tipo alto y fornido se suma a la fiesta. Lo envuelve un aire hortera y pendenciero: barba rubia, brazos y cuello tatuados, sombrero Stetson de cowboy, cola de caballo y camisa hawaiana. Su aspecto tiene algo de estrella del *rock* de incógnito. Cierta *look* de *homeless* guay. Luce una hebilla con un escorpión en el cinto y tritura un palillo entre los dientes mientras dispone una fila de vasos que llena de Jack Daniel's. Los reparte entre la periodista y los demás y levanta el suyo. Su voz es un trueno:

—¡Por Sailor!

Lola Santos intercambia con él una mirada cómplice. Lo llama Pony Boy. La mayoría de ellos responden a nombres que no son nombres: Coyote, Mosca, Elvis, Largo, Sandoacán... Son algunos de los que el Rasta ha podido escuchar. Apodos semejantes al suyo al fin y al cabo. Fue Bárbara quien se lo propuso. Quien le inventó un mote. Un alias para ocultarse y proteger su identidad. Al Rasta le gustó cómo lo definió ella: un *nom de plume*.

—Qué te pongo, chaval.

Pony Boy ha cogido al Rasta por sorpresa. Tan cerca y a quemarropa, el tono que emplea tiene algo seco y rasposo.

Como de yesca. Apoya las manazas en la barra a la espera de contestación.

—Esto es un bar —insiste.

—Yo...

—Aquí se viene a beber.

El Rasta mira con prevención las letras tatuadas en los dedos de Pony Boy que forman las palabras FREE BIRD. Traga saliva y palpa la calderilla del bolsillo. Ha invertido casi todo su capital en el taxi que lo ha traído hasta aquí siguiendo a la periodista. Con un gesto tímido señala el insólito tirador de cerveza, groseramente soldado al motor en uve de una Big Twin.

—¿Cuánto vale una?

—Dos pavos —gruñe Pony Boy—. ¿Tienes dos pavos?

El Rasta asiente y al momento tiene delante una copa helada de cerveza. Paga y pregunta por el lavabo. Pony Boy retira el palillo de la boca e indica de mala gana las puertas batientes de madera listada al final del mostrador, en plan saloon del *Far West*.

—Por ahí —dice—. La puerta del Oeste.

De camino se cruza con una camarera que le dedica una mirada insolente. El Rasta agacha la cabeza a su paso. Se encierra en el baño y cuando termina de mear tira de la cadena y cierra la tapa. Se sienta en la taza algo abatido, frente a un póster de Dita Von Teese con pezoneras y bragas de lentejuelas. Empieza a pensar que se ha precipitado. Definitivamente este no es lugar para acercarse a la periodista. Pero necesita hablar con ella. Cueste lo que cueste. Contarle lo que vieron en Santa Susana. Lo que le sucedió a Bárbara aquel día.

Recuerda aquel cuartucho de la clínica como si aún estuviera allí: un almacén de específicos e instrumental médico que apestaba a limpio. A desinfectante. En cuanto entraron la enfermera les habló en voz baja y apresurada. Insistió en que no hicieran ruido y rogó a Bárbara que prescindiera del *flash*. Delataría su presencia. Bárbara miró en

torno. Solo disponían de la pobre iluminación procedente del pasillo, a través del tabique traslúcido. Y la del tragaluz. Pero eso ya lo sabían. Con lo que no contaban era con el día gris. Oscuro. Ni con las luces que no podían encender. La enfermera se acuclilló frente al frigorífico. Parecía un simple armario: un mueble forrado de escay con remaches en el perímetro. Abrió ambas puertas y removió algo en el interior. Por último dio media vuelta y se marchó sin mirar atrás ni despedirse.

De algún modo una parte del Rasta nunca creyó que fuera verdad. Hasta entonces. Hasta el momento en que lo tuvo delante. La simple idea de tocarlo le causaba escalofríos. Bárbara tiró de la cremallera de la mochila. Por lo visto se había inclinado por el dieciséis treinta y cinco: un objetivo muy luminoso. El Rasta sugirió desobedecer a la enfermera y usar el *flash*. Bárbara se negó y configuró la cámara con una sensibilidad alta, máxima apertura del diafragma y un tiempo de exposición de un octavo de segundo. Su cuerpo formaba un trípode natural: rodilla al suelo y el codo sobre la pierna flexionada. Durante unos segundos nada ocurrió. El Rasta la oyó maldecir. Lamentó que el enfoque automático no respondiera y dijo que pasaba al manual.

—Dame un cigarro.

—¿Aquí? —protestó él—. ¿Ahora?

—Dámelo.

Cuando por fin oyó el sonido del obturador el Rasta respiró tranquilo. Bárbara daba caladas profundas y a medida que disparaba comprobaba las imágenes en la pantalla. Parecía complacida con el resultado. Apartó el ojo del visor y se quedó mirando el contenido del armario como si no lo hubiera visto hasta ese momento. Luego siguió disparando con los dientes apretados. No volvió a revisar las capturas y al acabar se dejó la cámara al cuello y recogió del suelo la mochila. Tenía las pupilas dilatadas y sombras de sudor en las axilas.

—Vámonos...

El Rasta se frota los ojos y de pronto aparece Dita Von Teese con sus piernas infinitas y su biquini de lentejuelas. Alguien aporrea la puerta del lavabo y el Rasta se sobresalta. Al otro lado se tambalea un gorila con el pelo rapado en los flancos y una trenza vikinga desde la frente hasta la nuca. Está pálido. Azul. A punto de vomitar. El Rasta le franquea el paso y se esfuma. Antes de cruzar la puerta del Oeste el estribillo de *Highway to Hell* lo sacude como una bofetada.

Pasa con discreción por detrás de Lola Santos y regresa al mismo sitio que ocupaba junto al cajón de cacahuetes. La cerveza se ha calentado. La espuma se ha disuelto. El grupo de la periodista ha crecido en número y decibelios. Entre risotadas algunos señalan un neón de Budweiser del que cuelgan dos sujetadores negros que acumulan polvo. Hay más. Prendidos del cable de las lámparas, de la cola de un aligátor disecado y de la quilla de una tabla de surf atorillada a la pared.

Un recién llegado practica un saludo general poco o nada efusivo y a la vez familiar. Cercano. Viste chaleco de cuero sobre el torso y los brazos desnudos. En la pelambre del pecho brilla una cadena con un colgante: un puño de plata. Se espatarra en un taburete junto al Rasta, acodado de espaldas a la barra y apuntando con mirada soñadora a una fabulosa cornamenta de longhorn, engalanada con collares de cuentas de Mardi Gras. En cuanto tiene una cerveza en la mano parece avivarse y saluda al Rasta como a los demás. Tal vez interpreta que él los conoce. Que está con ellos. Se presenta como Carlos Power y le ofrece conversación. Hay algo fiero en su expresión tranquila. De algún modo nota que el colgante despierta la curiosidad del Rasta. Una sombra cruza su rostro y tira del puño de plata. Lo besa y dice:

—Significa poderoso.

El Rasta tiene suficiente. Excusa que lo esperan, se despiden con prisas y sale como una exhalación. Tras la puerta cerrada y a medida que se aleja, la guitarra de Angus Young y el alboroto del Barba Rossa Beach Bar se convierten en un eco lejano hasta que desaparece. Apenas queda una vibración que persiste en sus oídos. Un pitido en la memoria. Camina hasta la playa y se sienta en la arena frente a la orilla. Es una noche calurosa. Extraña. Como todas hasta hoy. Este otoño casi resulta una prolongación del verano y aun así el Rasta no puede evitar estremecerse.

Abrazado a las rodillas intenta calmarse y recapitula. Cree estar seguro de que Lola Santos no ha percibido su presencia. Mejor. Eso brinda al Rasta una nueva oportunidad. Tiene una idea para llegar hasta ella. Algo rocambolesca, pero eficaz. Y efectista. Un procedimiento tan válido como cualquier otro para captar la atención de la periodista del *Crónica*: para explicarle lo que esconden los muros de Santa Susana. A menudo el Rasta se pregunta por qué no hubo nada que lo advirtiera. Por qué nada cruzó su mente. Un chispazo, una epifanía, una señal. Una corazonada. Lo que fuera que le hiciera anticipar que allí, en la clínica, iba a ser la última vez que viera a Bárbara.

En cuanto terminaron de hacer las fotografías salieron de nuevo al pasillo. El Rasta acusaba una náusea. Una mezcla de asco y satisfacción. Deshicieron el camino que habían andado con la enfermera y de pronto un hombre con bata blanca les cortó el paso. Alto, delgado, contrahecho y con las orejas despegadas del cráneo. Se detuvo con las piernas separadas y los brazos en jarras. Les preguntó qué hacían allí y les exigió que se identificaran. No contestaron. Le dieron la espalda y huyeron a la carrera. Al principio les costó orientarse. Por fin encontraron las escaleras y subieron resoplando a la planta superior. Empezaban a sentirse fuera de peligro. En el último instante dos guardias de seguridad se interpusieron entre ellos y la salida.

Bárbara protegió la cámara con la mano. Con celo profesional y como por instinto. Con la otra rodeó al Rasta por la cintura y apretó el cuerpo contra el suyo. Él comprendió lo que se proponía. Notó que Bárbara le palpaba el culo y deslizaba en el bolsillo posterior de su pantalón la tarjeta de memoria con las fotografías. Después acercó la boca a su oreja y le habló en un susurro.

—Guárdala tú.

UNO

Dirías que esto lo cambia todo: los pies de Malpica colgando en el vacío y el inspector Tito Vegas que los mira pistola en mano y sin terminar de creérselo. El muerto mira a ninguna parte con los ojos desorbitados. Está rígido. Irreconocible. Tiene la lengua cianótica y proyectada entre las dos filas de dientes. Su atuendo es escaso. Casi ridículo: calzoncillos bóxer, camiseta imperio y una bata de seda color burdeos. Se ha ahorcado con el cinturón.

—Mierda...

Vegas se tapa la nariz y examina la silla derribada en el suelo y las piernas desnudas, morcillonas, amoratadas por el livor mortis. Con la punta de la pistola le aparta la ropa y lo registra en busca de signos de violencia que no encuentra. La carne aún no ha empezado a ablandarse, pero pronto lo hará. Calcula que se colgó el día anterior. Tal vez anoche. Cuando Lola se enganchaba de su brazo en la falda del Carmelo, tras relatar ella la historia de esa chica, Sara Cruz, y de que él se ofreciera a ayudarla: quizá fue entonces cuando el infeliz se mató.

Abre la puerta de par en par y sale al porche. Necesita aire fresco. Se lleva a la boca un Lucky arrugado que no enciende y piensa en la última vez que estuvo cara a cara con el abogado. Guillermo Malpica se hacía llamar Willy. El muy capullo. Willy Malpica. Parecía gustarle esa sonoridad de capo mafioso. En las últimas horas Vegas no ha dejado de preguntarse por qué cargó con el muerto sin rechistar y guardó silencio durante seis meses. Más aún: por qué decidió romperlo de golpe. Y ahora esto... Por más vueltas que le da, a Vegas solo se le ocurre una explicación: el miedo.